

<b>Medio</b>	Revista Mensaje
<b>Fecha</b>	13-07-2012
<b>Mención</b>	Carta al Director en recuerdo de Gonzalo Arroyo SJ. Mención a la UAH.

## EN RECUERDO DE GONZALO ARROYO, S.J.

Sr. Director:

Pasados unos días del tremendo impacto que significó la pérdida de Gonzalo Arroyo, S.J., es necesario reflexionar sobre su vida. Lo conocí siendo yo aún muy joven y él veinte años mayor, en la década del sesenta, década maravillosa en cambios y esperanzas. Muy pronto, me invitó a acompañarlo en una larga y exhaustiva gira por el sur de Chile, visitando asentamientos de la Reforma Agraria que él quería ver de cerca para analizar con su rigurosidad característica, lo cual cumplió en forma implacable región por región, asentamiento por asentamiento, hasta llegar a Puerto Montt. Sin embargo, siempre se dio tiempo para la conversación amena, el trato cordial y, por sobre todo, para departir con los asentados y humildes. Conocimos varios obispos, como monseñor Piñera en Temuco, Valdés Subercaseaux en Osorno y el obispo de la Araucanía, logrando una visión de la realidad que, según Gonzalo, habría cambiado para siempre su orientación y pensamiento social. Lo anterior no fue obstáculo para admirar en cada momento la obra del Señor al contemplar extasiado la naturaleza exuberante del sur de Chile. Recuerdo cuando detuvo el auto frente al Lago Llanquihue para observar el atardecer y orar en profundo recogimiento, dando gracias al Señor por permitirle contemplar tanta maravilla.

Continuamos encontrándonos en el Instituto de Humanismo Cristiano. Me casó en los inicios del Gobierno de Salvador Allende. Un día, en medio de esos años agitados y turbulentos, me llamó para conversar urgente conmigo, porque le habían ofrecido ser Ministro de Agricultura, lo que no se concretó. Después del golpe militar, ambos en el exilio, él en París y yo en Medellín, recibí una llamada anunciando visita. Aproveché un viaje a Bogotá y se desvió especialmente para visitar a nuestra familia, saber cómo estábamos y conversar con nosotros, gesto que agradecemos y recordamos siempre.

A su regreso a Chile en 1989, como médico me tocó ser testigo directo de la violenta irrupción de su cáncer metastásico, uno de los más agresivos que me ha tocado conocer, en una época en que la sobrevivida a esa enfermedad no era como es hoy. Siempre sostuve que su recuperación tenía que ver con su cercanía con el padre Alberto Hurtado, su mentor que lo inició en la Compañía de Jesús, porque aún tenía mucho que aportar, como se demostró en estos últimos veinte años. Fue impulsor

de la Universidad Alberto Hurtado; subdirector de *Mensaje*; creador del MBA con la Universidad de Loyola, especialista y pensador en los temas de Responsabilidad Social Empresarial, con gran influencia sobre el empresariado nacional. Por sobre todo, fue el humilde pastor en Villa Francia, donde trabajó con pasión y constancia semana a semana.

También fui testigo de la reaparición de su enfermedad en los últimos años, que sobrellevó con gran humildad y estoicismo, tratando siempre de continuar con su trabajo en la Universidad y su labor de pastor en Villa Francia, acciones que mantuvo hasta que su salud y fuerzas se lo permitieron. Aún recuerdo cómo esperaba con infinita paciencia —él, que era una persona especialmente impaciente— para que lo atendieran en un policlínico atestado de personas antes de ser operado una vez más.

En nuestras conversaciones, que fueron muchas, jamás le escuché hablar mal de alguien; siempre miraba el mundo hacia el futuro, con gran optimismo y compromiso, mostrando un infinito interés por todo lo que sucedía a su alrededor y por estar al día en los avances tecnológicos. Siendo un gran lector de complejos libros de economía, sociología y del cambio global que estaba experimentando el mundo, no dejó jamás, hasta el último momento de lucidez, de preocuparse de lo cotidiano, de sus amigos, de lo que le pasaba a cada uno de los habitantes de Villa Francia y del fútbol, de su querida Universidad Católica. Tenía lo que el padre Verdugo una vez llamó “la espiritualidad de lo cotidiano”.

Mucho se ha hablado del padre Gonzalo Arroyo como jesuita, personaje público, líder de causas sociales e intelectual reconocido. Pero poco se ha dicho de él como persona humana, amigo, pariente y hermano, instancias todas en las cuales fue una persona íntegra, buena y de gran cercanía emocional y espiritual.

Es por ello que quise expresarle mi modesto homenaje al amigo y hermano que se ha ido. Extrañaremos su preocupación por la familia, por los amigos, su risa espontánea, su gran bonhomía y, por sobre todo, los almuerzos de sábados y domingos, seguidos muchas veces de idas al cine, no siempre a ver películas muy buenas, pero que Gonzalo siempre disfrutaba.

Dr. Fernando Vio del Río

